

Paz y desarrollo al servicio de la dignidad humana, en el Beato Josemaría

*S.Em.R. Card. Juan Luis Cipriani Thorne
Arzobispo de Lima y Primado del Perú*

I.

El Beato Josemaría era un hombre de paz. Esa paz personal le permitió seguir con seguridad el llamado de Dios, mantener la serenidad en medio de las más duras contradicciones, continuar sus labores sacerdotales durante la guerra civil española, afrontar los obstáculos que se presentaron en su labor apostólica, sentir como una bendición las enfermedades que sufrió durante su vida, hasta el momento mismo de su muerte.

La paz de Dios le permitió entender —sin justificar— las flaquezas humanas, las violencias sociales, las confrontaciones entre los pueblos y la crisis doctrinal y moral —dentro y fuera de la Iglesia—, a raíz del desborde producido en muchos ambientes, tras el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Su impulso apostólico era una proclama pacífica: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. —Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. —Después... “pax Christi in regno Christi” —la paz de Cristo en el reino de Cristo»¹. En todo momento, la paz de su alma, que irradiaba a su alrededor a todos los que trataba, le permitió predicar la concordia entre los hombres, a imitación de Jesucristo, Señor de la Paz.

Uno de sus hijos más queridos, que fue durante treinta años obispo de Chiclayo, Monseñor Ignacio de Orbegozo, comentando los mensajes pontificios sobre la paz con motivo del primer día del año, escribió: «La Iglesia es *sacramento de salvación* y servidora de la paz. Ella es consciente de que la paz es un *don de*

¹ *Camino*, 301.

Dios, se sabe depositaria de recursos capaces de promoverla y sostenerla, y se siente urgida a ofrecerlos a una humanidad desgarrada y confundida. Llevar la paz a los espíritus y buscar la concordia entre los pueblos forma parte de su irrenunciable misión. Lo hace del modo y con los recursos que le son propios: anunciando a Cristo nuestro redentor; y administrando y distribuyendo los tesoros de su gracia y de su poder»². Repetía, bien aprendida, la lección que le había enseñado el Fundador del Opus Dei.

1. LA IGLESIA CATÓLICA, PREGONERA DE LA VERDADERA PAZ PARA EL MUNDO

La Iglesia, continuadora de la misión de Cristo, es servidora de la paz. Año tras año, el Papa ha insistido en las soluciones cristianas a todos los conflictos humanos, convirtiéndose de hecho en el heraldo de la paz por excelencia, en la escena internacional. Un buen resumen de sus enseñanzas —dramáticamente actuales ante los trágicos acontecimientos que vivimos desde hace meses— se contiene en los mensajes del primero de enero. «La imagen del mundo que la lectura de estos mensajes nos ofrece —escribía Mons. Orbegozo—, resulta abrumadora: las tensiones entre las grandes potencias y la consiguiente carrera armamentista; la crítica situación interna en que se debaten tantos países; los graves desniveles técnicos, culturales y económicos; la injusta distribución de la riqueza, y el hambre y la miseria, que son sus secuelas; la desocupación; los atropellos a la dignidad de la persona humana, a sus derechos, incluso el de la propia vida; la falta de justicia y de equidad en las relaciones sociales y laborales; un clima de inseguridad y miedo institucionalizados, que llevan —por el camino de la desilusión y de la desesperanza— a la búsqueda de objetivos inmediatos que satisfacen instintos y pasiones, vaciando la razón y el corazón humanos de sus legítimas aspiraciones y nobles ideales, mientras se abren grandes espacios de mercado para la droga, la pornografía y la delincuencia, a través de un permisivismo degradante y al servicio de una sociedad consumista de verdad nefasta. Todo ello, al amparo de “libertades cómplices” y de “intereses inconfesables”, conforma el panorama deprimente de nuestro mundo»³.

Frente a ese cuadro sombrío, la Iglesia proclama un mensaje de optimismo y esperanza. Sabe que la paz es posible y es necesaria. Más aún, la considera un deber que ningún cristiano, esté donde esté, puede eludir.

² I. ORBEGOZO, *La paz, un valor sin fronteras*, Lima 1986, p. 11.

³ *Ibidem*, pp. 13-14

2. LA PAZ ES UN INVALORABLE DON DE DIOS PARA LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

Si nos preguntamos, como tantos se preguntan, por qué esa paz tan querida se nos ofrece como algo casi inalcanzable, frágil e inestable, y por qué los caminos para conquistarla están erizados de dificultades, hasta hacerlos casi intransitables, encontramos la respuesta en la alabanza de los ángeles a Jesús Niño, que además de dar gloria a Dios en las alturas, pregonaban ante los pastores la paz en la tierra para los hombres de buena voluntad, que son los hombres que ama el Señor. Hay que recordarlo: «¡Paz, paz!, me dices. —La paz es... para los hombres de “buena” voluntad»⁴.

El don divino de la paz, ofrecido a todos los hombres, está condicionado a la buena voluntad de cada uno. Exige, en otras palabras, la propia conversión. Es aquí donde «la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida. [...] El desarrollo del hombre viene de Dios, del modelo de Jesús Dios y hombre, y debe llevar a Dios»⁵.

En este campo, leemos en la encíclica *Centesimus annus*, «la primera y más importante labor se realiza en el corazón del hombre», donde la Iglesia ofrece una «contribución específica y decisiva», estimulando «los comportamientos humanos que favorecen la cultura de la paz contra los modelos que anulan al hombre en la masa, ignoran el papel de su creatividad y libertad y ponen la grandeza del hombre en sus dotes para el conflicto y para la guerra»⁶.

Esto nos lleva a buscar la paz en el mensaje concreto de la doctrina social de la Iglesia. «Al afrontar los desafíos de la presente hora —son palabras del Papa—, los cristianos pueden ofrecer una aportación esencial. La misión espiritual y humanitaria de la Iglesia los compromete en el corazón mismo de la lucha por el desarrollo y el progreso humano. La *Centesimus annus* despeja toda duda sobre la disponibilidad de la Iglesia para cumplir su papel en la construcción de un futuro mejor para la familia humana. “A quienes hoy día buscan una nueva y auténtica teoría y praxis de liberación, la Iglesia ofrece no sólo la doctrina social y, en general, sus enseñanzas sobre la persona redimida por Cristo, sino también su compromiso concreto de ayuda para combatir la marginación y el sufrimien-

⁴ *Camino*, 759.

⁵ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, 59, 1.

⁶ JUAN PABLO II, Enc. *Centesimus annus*, 51, 1.

to” [...]”⁷ “También en el tercer milenio la Iglesia será fiel en asumir el camino del hombre, consciente de que no peregrina sola, sino con Cristo, su Señor. Es Él quien ha asumido el camino del hombre y lo guía, incluso cuando éste no se da cuenta” (n. 62)»⁸.

La Iglesia no propondrá modelos de sociedad, ni ofrecerá soluciones políticas concretas, porque su misión es de orden sobrenatural. Pero sí puede orientar y estimular la libertad y responsabilidad de los individuos y de la sociedad hacia el bien común.

3. LA NATURALEZA ESPIRITUAL Y MORAL DE LA PAZ ES LA CLAVE PARA IMPLANTAR SU REINADO EN EL MUNDO

La paz, además de un don, es una conquista personal de cada hombre. Pero el hombre está marcado por el pecado original y sus consecuencias: porta en sí mismo un factor disgregante, una ruptura profunda con la realidad creada, con sus semejantes, consigo mismo, con Dios. Por eso la paz es siempre una meta difícil, y sus logros están sometidos a la precariedad y fragilidad que se derivan de la misma naturaleza humana, herida por el pecado.

Alguien escribía al Beato Josemaría: «Mi gozo y mi paz. Nunca podré tener verdadera alegría si no tengo paz. ¿Y qué es la paz? La paz es algo muy relacionado con la guerra. La paz es consecuencia de la victoria. La paz exige de mí una continua lucha. Sin lucha no podré tener paz»⁹. Y adundando en el mismo tema, escribirá más tarde: «Tanto la paz, como la guerra, están dentro de nosotros. No se puede llegar al triunfo, a la paz, si faltan la lealtad y la decisión de vencer en el combate»¹⁰.

Las rupturas —en la familia, en la sociedad, etc.— son consecuencia de la ruptura que provocó el pecado original y que los pecados actuales agravan. Pero sabemos que el hombre, redimido por Cristo, puede vencer al pecado y *reconciliarse* con Dios. La Iglesia, dispensadora de los medios para obtener esa reconciliación, promueve la paz más verdadera, más profunda, porque ataca el mal en su raíz, sanando la fuente de toda injusticia, odio y conflicto.

La Iglesia subraya la naturaleza sobrenatural y espiritual de la paz, en cuanto don gratuito de Dios, y recuerda que la paz está estrechamente unida con

⁷ *Centesimus annus*, 26.

⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje*, 8-X-1991, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. XIV/2 (1991), pp. 775-777.

⁹ *Camino*, 308.

¹⁰ *Surco*, 852.

la verdad. El servicio a la verdad, por ejemplo en los medios de comunicación social, es un antídoto contra la violencia, que siempre busca ampararse y legitimarse en la mentira. La falta de veracidad en las informaciones, las manipulaciones, los silencios cómplices, causan daños gravísimos a la paz interior de los individuos y, en consecuencia, de la sociedad. La Iglesia invita a todos los cristianos a participar activamente en la opinión pública, y a promover por todos los medios la defensa y la proclamación de la verdad.

A la importancia de los medios de comunicación hay que agregar los centros de enseñanza. A la responsabilidad de los periodistas, la de los maestros. Suele decirse —y el Beato Josemaría lo recordaba con frecuencia— que el peor enemigo de Dios es la ignorancia. Y no sólo de Dios: la falta de instrucción expone fácilmente a la manipulación, a la sustitución de la verdad por el eslogan, al desconocimiento de los valores en los que se funda una sociedad próspera y pacífica.

A lo largo de los siglos, la Iglesia se ha preocupado activamente de sembrar la buena semilla de la paz en el corazón de millones de niños, jóvenes y adultos. En su seno han nacido beneméritas instituciones que han contribuido —y siguen contribuyendo— a esta labor. En las últimas décadas, sin embargo, la educación católica ha tenido que afrontar graves dificultades, derivadas de la reducción de recursos humanos y materiales, y —en algunos casos— de una dolorosa desviación de la verdad en los contenidos que ha llevado al compromiso con doctrinas e ideologías que no son de Cristo. La importancia de formar bien a los maestros católicos, y los bienes que se derivarán de su labor audaz y capilar, hasta el último pueblito, son fáciles de imaginar.

Por último, «los cristianos tenemos una tercera posibilidad, la más importante y esperanzadora, por cierto, para trabajar en beneficio de la paz: la oración. Tiene en sus manos la Iglesia un medio formidable que no exige costosas estructuras ni recursos complejos. Si la paz es un don de Dios, lo lógico y sensato será acudir a Él y pedirselo»¹¹.

¹¹ I. ORBEGOZO, *La paz*, cit., p. 20.

II.

4. LOS PORTADORES DE LA PAZ DE CRISTO IRRADIAN SERENIDAD EN MEDIO DEL MUNDO

El Beato Josemaría fue un hombre sencillo y espontáneo, que desde su infancia demostró una gran capacidad humana para desenvolverse en medio del mundo. Pronto comprendió, al observar los sucesos familiares y sociales de su entorno, que la vida ofrece, junto con el cariño y la alegría, los sinsabores del sufrimiento y del dolor. Desde temprano, siguiendo el ejemplo de la conducta magistral de sus padres, supo luchar para mantener y fortalecer la paz interior de su alma.

Tratándose de la vida de un hombre santo (ya beatificado y en camino de canonización) es evidente que la paz interior de su alma era fruto cuajado de su entrega en las manos de Dios. Era, asimismo, consecuencia de su esfuerzo por tener cada día más una vida contemplativa en medio del mundo, contando siempre con el incremento de la gracia divina. Era un sacerdote que imitaba apasionadamente la vida de Cristo con una enorme e irremovible paz espiritual. Escribió a finales de los años treinta: «—No es de Dios lo que roba la paz del alma. Cuando Dios te visite sentirás la verdad de aquellos saludos: la paz os doy..., la paz os dejo..., la paz sea con vosotros..., y esto, en medio de la tribulación»¹².

Llevaba la paz consigo y la entregaba a los demás con su mirada cariñosa, su serena enseñanza, su ejemplo humilde y formidable, su meditación y su sacrificio, hechos sin alardes ni comedias, convencido de que en la paz de Dios está el secreto de la felicidad terrena y del premio eterno. Sabía consolar a los afligidos y alentar a todos con esperanza. Su paz no se basaba en las propias fuerzas humanas, sino en la fuerza de la gracia divina, que le hacía ver con optimismo, además de esperanza, el futuro de la humanidad.

Buscaba en todo momento la tranquilidad en el orden, según la enseñanza agustiniana: orden en la cabeza, en los afectos, en el aprovechamiento del tiempo, en mil detalles materiales de la vida ordinaria. «¿Quieres de verdad ser santo? —había escrito en *Camino* — Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces»¹³. No le incomodaban ni alteraban el trabajo intenso y sus muchas ocupaciones, ni le quitaba la paz el fragor del mundo y del trabajo de los hombres, donde había aprendido a encontrar a Dios. En los años 50 dijo a un químico portugués, Armando Serrano, con el que convivió años

¹² *Camino*, 258.

¹³ *Ibidem*, 815.

en Roma, caminando por las calles de la ciudad: «¡Qué bien se hace la oración en nuestros oratorios... pero lo nuestro es la calle!» La paz del templo de Dios, que tanto le atraía, era también la paz del mundo creado por Dios, en la que se movía siempre como pez en el agua.

5. DE ACEPTAR CON GOZO LA VOLUNTAD DE DIOS RESULTA UNA FUENTE DE PAZ PARA EL MUNDO

Dios irrumpió en su vida con fuerza. Los planes legítimos de sus padres para con él, las expectativas sociales de su entorno, su ilusión por hacer estudios universitarios de Arquitectura y de ayudar a sus padres en la vejez, todo eso, y un panorama prometedor para ese joven excepcional, quedó atrás —sin tormento de su alma— ante la llamada divina. «La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. —Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada»¹⁴.

No era hombre capaz de dar su brazo a torcer a la primera insinuación —«soy aragonés, decía, y los aragoneses somos tozudos»— pero se inclinó sin condiciones ante los designios divinos y, desde entonces, la tenacidad fue consecuencia de una convicción llena de paz, en el cumplimiento de la misión que el Señor le había encomendado. Lejos de inquietarlo, le dio paz, quizás por momentos llena más de fortaleza que de mansedumbre, pero siempre sujeta a la imitación de Cristo. Nunca dejaría ni perdería esa paz. Ha dejado escrito: «¡Qué hermosa es nuestra Fe Católica! —Da solución a todas nuestras ansiedades, y aquieta el entendimiento y llena de esperanza el corazón»¹⁵.

El itinerario jurídico de su vocación y de la Obra por él fundada, que se ha prolongado hasta después de su muerte —aunque esculpido por él en vida—, es un testimonio histórico de la serenidad —paz de Dios— con la que supo hacerle el seguimiento a la voluntad divina para con el Opus Dei. Recitaba y enseñaba a meditar la famosa máxima teresiana: «Nada te turbe,/ Nada te espante,/ Todo se pasa,/ Dios no se muda/ La paciencia/ Todo lo alcanza;/ Quien a Dios tiene/ Nada le falta:/ Sólo Dios basta»¹⁶. Una serenidad paciente y perseverante que, en el terreno jurídico como en el ascético, le dio una fecundidad inmensa en la práctica, en sus labores al servicio de Dios.

¹⁴ *Ibidem*, 758.

¹⁵ *Ibidem*, 582.

¹⁶ SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, Madrid 1986, p. 667.

6. LA PAZ ANTE LAS ENFERMEDADES HACE VER EL POTENCIAL CORREDENTOR DE LA HUMANIDAD

Dios permitió que el Beato Josemaría sufriera la prueba de las enfermedades. Tomó ocasión de los accidentes de salud para hacer lo que llamaba oración del cuerpo, la mortificación y el sacrificio. No perdía la paz al afrontar esa realidad de su vida y, pese a los males físicos, seguía cumpliendo sus tareas como si estuviera completamente sano, mientras las fuerzas lo permitían.

Siempre tuvo una deferencia especial para con los enfermos, a los que consideraba un tesoro desde el punto de vista sobrenatural. Los frecuentó desde que era un joven sacerdote, caminante por las barriadas de Madrid. Los siguió frecuentando a lo largo de su vida, de otra manera, ya sea desviviéndose por sus hijos enfermos en la Obra, ya sea alentando a luchar y a sobrenaturalizar sus enfermedades, a los visitantes que las padecían, ya sea proclamando la necesidad imperiosa de atenderlos siempre con una solicitud solidaria y abnegada.

La proyección de esta actitud —humanitaria y cristiana— del Beato Josemaría no ha terminado. Su enseñanza toma cuerpo en muchas iniciativas de quienes le hemos querido y admirado, y sabemos que, si seguimos sus indicaciones y consejos, haremos un bien muy grande a la sociedad y a la Iglesia. Frente a la desesperación y a la angustia, la enfermedad debe enfrentarse con la paz que viene de Dios. El hombre pacífico sabe que Dios le pide que acompañe a Cristo en corredimir a la humanidad, padeciendo por los pecados de los hombres. Esta es una explicación sobrenatural, propia de un hombre de paz, que quiere irradiar paz a los enfermos y a los que sufren.

7. LA PAZ EN MEDIO DE LA VIOLENCIA PERMITE DAR UN TESTIMONIO DE FE

Si el Beato Josemaría fue un hombre de su tiempo y el siglo veinte fue un tiempo de confrontaciones mundiales, no es llamativo que su vida tuviera el sello de la guerra. En los años treinta, vivió día a día la tragedia de la preguerra y de la guerra civil española, bajo la persecución comunista a los católicos. En todas esas vicisitudes de su vida, no perdió la paz. Mantuvo la alegría inclusive en los momentos inevitables de dolor humano. Sufrió con los que sufren, pero compartió con ellos su paz. «Gaudium cum pace», pedía todos los días para él y para todos los fieles del Opus Dei.

Después, siguió día a día, compartiendo el dolor de millones de habitantes de Europa, América y Asia, igualmente, los horrores de la guerra mundial. A los judíos perseguidos y asesinados por el nazismo, iba su cariño y su solidaridad,

recordando que las personas que más amaba eran judíos: Jesús, María, José, los apóstoles y discípulos de la primera hora, tantas almas inocentes y buenas, que vivían una vida recta y respetuosa de Dios.

También rezó y sufrió por los mártires cristianos del mundo sojuzgado por el odio de clases y el totalitarismo ateo. Seguía con perseverancia la fidelidad de la “Iglesia del Silencio”. Ante la realidad del “telón de acero” decía, lleno de fe: «antes o después los muros construidos con la violencia se derrumban solos, como los de Jericó».

Frente a todos los mártires del siglo veinte y al sacrificio humano de millones de seres, acudía a los medios sobrenaturales, para urgir a Dios la paz para el mundo, y a la vez que respondía humanamente con una defensa de la vida, de la verdad histórica, de la realidad de la grandeza de la dignidad humana, ante cuantos acudían a escucharle, aún sabiendo que, por respeto a la libertad del hombre, sus inescrutables designos permiten o toleran tantos dolores a los pueblos.

8. LA PAZ ANTE LAS CONTRADICCIONES TESTIMONIA LA ENTREGA PLENA EN LAS MANOS DE DIOS

La caridad que vivió heroicamente durante toda su vida le llevó a callar, ante las contradicciones que surgieron a raíz de su labor apostólica, en cumplimiento de un deseo de Dios. Y, ¿cómo callar sin tener paz interior?

Todavía hoy, a un cuarto de siglo de su muerte, desconocemos la magnitud de los sufrimientos que provocaron las calumnias, murmuraciones y obstáculos que produjeron lo que llamó, piadosamente, “la persecución de los buenos”. Recordando esos tiempos escribió: «¿Estás sufriendo una gran tribulación? —¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril: “Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. — Amén. — Amén”. Yo te aseguro que alcanzarás la paz»¹⁷. Puesto en las manos de Dios, no era él el motivo de su pesar, sino el daño espiritual de los promotores de esa iniciativa equivocada y el daño futuro que se seguiría en muchas almas, a causa de quienes, aquí y allá, repetirían después esas mentiras, como en efecto ha ocurrido.

Poniéndose en todo momento bajo el manto protector de Santa María, insistió a todos en la Obra en la necesidad de vivir en paz con Dios, desdeñando inquietudes, calmando indignaciones, callando comentarios, mirando siempre los bienes que se siguen de esos obstáculos. Recogiendo la frase paulina de que hay que sacar bien del mal, decía: «para los que amamos a Dios todas las cosas

¹⁷ *Camino*, 691.

son para bien». ¿Qué es esa manera de actuar sino expresión impecable de un hombre de paz?

III.

La paz que gozó el Beato Josemaría fue expresión de la riqueza interior y exterior de su persona, que irradió a cuantos trató en vida. Quiero por eso detenerme ahora para subrayar algunos aspectos del valor humano de esa paz personal del Beato Josemaría, como punto de partida del desarrollo que proyecta al mundo, a través de su ejemplo, su palabra, su conducta, su legado. Evidentemente, él tuvo un espíritu que trasmitir, el que viven sus hijos de todo el mundo en el Opus Dei, y del que participan los Cooperadores —también no católicos y no cristianos— y muchas personas que acuden a sus obras corporativas o participan de sus actividades apostólicas, docentes y asistenciales. No tuvo, en cambio —y es conveniente decirlo— una teoría del desarrollo. Él era, como decía, «un sacerdote que sólo sabe hablar de Dios». Las teorías sobre el desarrollo son, de otra parte, un tema opinable, que Dios ha dejado a la libre decisión de los hombres.

9. EL EJERCICIO PERSONAL DE LA LIBERTAD RESPONSABLE ABRE EL CAMINO AL RECTO DESARROLLO DE LOS PUEBLOS

En el campus de la Universidad de Navarra el Beato Josemaría dijo: «La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable»¹⁸. Este sentido de libertad tan profundamente vivido le llevaba a abrir los brazos a todos, a confiar en los hombres de buena voluntad, y a proclamarse “enamorado de la libertad”. Animaba a todos a ejercer con plenitud la libertad personal, único camino para la creatividad, la perfección personal, el servicio a los demás, el desarrollo social.

Una consecuencia de este espíritu de libertad era el respeto a las soluciones diferentes que cada uno propone en los asuntos temporales: políticos, económicos, culturales, sociales, profesionales, en una pluralidad multicolor que facilita las relaciones humanas¹⁹.

Miles de mujeres y de hombres, hoy, y millones, a lo largo del porvenir de la historia, siguiendo esas consideraciones del Beato Josemaría sobre la libertad

¹⁸ *Conversaciones*, 117, de la homilía *Amar al mundo apasionadamente*.

¹⁹ Cfr. *ibidem*.

humana, trabajarán con gozo y con paz en beneficio de la sociedad en la que vivan, seguros de estar siguiendo el camino que corresponde a su naturaleza.

10. EL DESARROLLO CON DIGNIDAD ES EL ÚNICO QUE PERMANECE

Con la franqueza que le caracterizaba, y a pesar de que era un tema que no estaba precisamente de moda, advertía que no todo lo nuevo es progreso ni todo lo antiguo atraso. En las cosas trascendentes de la vida, a veces la historia camina hacia atrás. Mirando los dos mil años de historia eclesiástica, rechazaba valientemente la tentación de pensar que Cristo había fracasado en el mundo, al ver extenderse el paganismo, la confusión religiosa, el materialismo ateo.

Frente a esa realidad, aparentemente negativa, se crecía con esperanza, en el empeño de extender por los cinco continentes la labor apostólica de esa pequeña parcela de la Iglesia que el Señor le había encomendado. Los frutos del desarrollo del Opus Dei a su muerte, en 1975, hablan del buen rendimiento de ese esfuerzo cuajado gracias a la paz de su alma, que le permitía ver las cosas de la tierra con optimismo, confianza, esperanza, entusiasmo.

Decía con insistencia que, como sacerdote, afirmaba que la fe católica era la verdadera, pero que precisamente también como sacerdote, estaba dispuesto a dar la vida, si fuera necesario, para defender el derecho de cualquier persona a ejercer dignamente su propia fe. Un canto a la libertad, un canto a la dignidad de la persona. Tolerancia real, abierta a la defensa irrenunciable de la libertad religiosa, uno de los fundamentales derechos humanos, como ha recordado el Santo Padre Juan Pablo II, felizmente reinante, en su fecundo pontificado.

La dignidad exige el respeto a la personalidad de cada uno. El desarrollo personal aporta siempre un algo distinto y único, que es una riqueza para la humanidad. Los cristianos, con ser tan diferentes, sólo deben parecerse en la medida que se aproximan al ideal de ser “otros cristos”. Así lo decía el Beato Josemaría: «Unidad y variedad. —Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. —Y, también, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo»²⁰.

²⁰ *Camino*, 947.

11. EL DESARROLLO SOCIAL SE LOGRA CON UNA SÓLIDA SIEMBRA DE PAZ

El mensaje de la santificación del trabajo ordinario es un llamado a todos a participar activamente en el desarrollo social de los pueblos. Una mujer o un hombre que, en su labor profesional, dan todo lo que pueden de sí, son agentes activos de ese servicio a la humanidad. Siempre y cuando procuren tener la “unidad de vida” propia del cristiano, que le lleva a integrar conocimientos y fe, cultivo de virtudes humanas y sobrenaturales, trabajo ordinario y práctica de los sacramentos. El Beato Josemaría fue un incansable promotor de la confesión sacramental frecuente entre los fieles, consciente de la necesidad de paz para sus almas. Sólo la reconciliación con Dios otorga esa paz, con la gracia sacramental. Y ese renacimiento en Cristo supone el propósito de una vida de servicio a los demás, y en consecuencia, de desarrollo de los pueblos. El orden en el mundo, trastocado por el abandono de las virtudes, la inversión de los valores y el atractivo del consumismo materialista, requiere de una redefinición bajo el prisma del Derecho natural y el progreso de la ciencia. A todos, pero especialmente a los cristianos corresponde esa tarea, que fue insistente llamada de atención del Beato Josemaría.

El trabajo entendido como servicio aporta un sentido solidario, que hace amable la convivencia social y aligera la lucha por vencer los obstáculos de la pobreza, el desorden, la mala distribución de la riqueza, el egoísmo. La presencia de los cristianos en el mundo, decía por eso a sus hijos, debe ser «como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad», para santificar todas las nobles realidades terrenas²¹.

Enaltecer la dignidad de la persona, hacer la apología de la familia cristiana —iglesia doméstica—, confiar en los principios de la doctrina social de la Iglesia y aplicarlos en la fábrica, el laboratorio, la oficina y la prensa es construir un mundo mejor para todos. El mensaje del Beato Josemaría fue claro en cuanto a la prioridad de trabajar para elevar la condición de vida de los que estaban en los estratos más bajos de la organización social de los pueblos. Era una apuesta por la paz social, consecuencia de la paz personal.

²¹ Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona 1986, p. 117.

12. EL PEREGRINAJE DE LA IGLESIA DE CRISTO A TRAVÉS DE LAS VICISITUDES DEL MUNDO

Para el Beato Josemaría eran compatibles una actitud abierta y respetuosa con la libertad de todos y un amor sobrenatural a la Iglesia de Jesucristo, de la que era sacerdote. Conocía en profundidad la teología católica, tenía como un sexto sentido para discernir las conductas morales de los hombres, gozaba de una sensibilidad especial por la historia de la Iglesia.

En ese marco, el Concilio Vaticano II fue para él una alegría grande. Vio allí un designio de Dios para consagrar lo que venía predicando desde 1928 sobre el sentido universal de la santificación del trabajo ordinario. Dio gracias a Dios porque significó, asimismo, un hito importante en la modernización del Derecho de la Iglesia, lo que abriría el camino para el posterior reconocimiento pleno y definitivo de la naturaleza propia del Opus Dei. Participó, en fin, del gozo eclesial de ver una renovación universal hacia la conversión del Pueblo de Dios. La Iglesia católica, y dentro de ella esa pequeña porción que era el Opus Dei, se desarrollarían bajo la sombra de un nuevo impulso del Espíritu Santo, en un renovado viento sin fronteras, universal y ecuménico, que le llenaba de alegría.

No faltaron, entonces, junto con esos motivos de gozo, expresiones de división, de desobediencia, de confusión doctrinal, de mala conducta. La Iglesia católica sufrió un eclipse que hoy conocemos al menos superficialmente. Su instinto sobrenatural detectó los inicios de esas desviaciones. No le quitaron la paz. Los sucesos negativos de esos años le llevaron a rezar más y a pedir oraciones por la Iglesia. Escribió cartas, advirtiendo del peligro evidente a los fieles del Opus Dei. Puso los medios oportunos para salvaguardar la salud espiritual de la Obra. Dedicó muchas horas en sus últimos años de vida a conversar con los muchos obispos que iban a visitarle, para compartir esas preocupaciones y fortalecer sus espíritus con ese sentido sacerdotal que nunca le abandonó. Pensó que Dios le pedía más, para desagraviar por los que le ofendían, en esa debilidad que advertía en la vida de la Iglesia, y le ofreció al Señor todo lo que tenía, su vida. Decía que «todo tiene remedio, menos la muerte, y para nosotros los cristianos la muerte es Vida». ¡Qué sólida expresión de su fe, de su amor, de su paz!

Mientras que tantos preferían eludir la dulce carga del yugo de Cristo, el Beato Josemaría entendía la voluntad de la Iglesia como voluntad de Dios, y la acataba sin miramientos, ilusionado con agrandar al Señor de la Historia, que sabe cómo conducir a las almas desde lo Alto, contando con la docilidad de cada uno. Esa manera de entender la vida de un sacerdote le daba una paz tan grande que ahogaba los sinsabores que los enemigos de la Iglesia le provocaban con sus torpezas.

IV.

La paz de Cristo en el reino de Cristo puede traducirse, pues, por la paz de cada cristiano para construir el progreso y el desarrollo de los pueblos, comenzando por los más pobres, en lo espiritual y en lo material. Así se cumplen, de mil maneras inimaginables, según los condicionamientos de la historia y de la geografía, los misteriosos designios de la providencia divina. Lo entendió muy bien el Beato Josemaría, lo predicó durante toda su vida, lo consiguió en el modelo de su conducta, y lo ha transmitido al mundo y a la Iglesia, lo que augura muchos bienes materiales y espirituales para los hombres y redonda en una mayor gloria para Dios.